

Lujos a nuestro alcance

ASENSIO SAEZ
ESCRITOR

ANTES que el ordenador, el microondas o la puerta blindada, otros alardes funcionales ya habían sido puestos al servicio del hombre, tal la nevera eléctrica, símbolo indiscutible de la historia de la prosperidad española, un día abriendo tímidamente la era feliz del desarrollo, aunque, todo hay que decirlo, nevera había, «pagada en cómodos plazos», que sólo pudo hospedar parca pitanza: sopicaldos y escabeches, falsos flanes con más ganga de aguas y harinas que oros de huevos, sifones a medio gastar y un más bien recortado etcétera procedente de la falsamente rumbosa «Casa Gómez, ultramarinos finos», con su estantería repintada una y otra vez, sus descoloridas latas de conservas de indefinida fecha de caducidad y su ampliación fotográfica de la Patrona, ámbito, eso sí, de veras grato y familiar en el que todos se conocían y en el que, frente a los solemnes precios intocables de los supermercados que después vendrían, permitíase el juego cordial del regateo:

—¿Diez reales por esta sandía que parece talmente la cabeza de un tonto de pueblo? Ande usted, ya me la dejará en ocho.

—Ea, nueve reales y no se hable más. ¡Ah, y no se olvide de saludar en mi nombre a su señora madre. ¿Qué tal anda últimamente?

—Pues más bien baja de ánimo, la pobre, en espera de que el doctor Barnard se decida a inventar la triquiñuela esa de los trasplantes.

Lo que más atraría de la nevera eléctrica eran sus cubitos de agua congelada, como dados de un juego polar, sustituyendo a aquellas monumentales barras de hielo que, protegidas por una bufanda de burda arpillera, llegaban a casa todas las mañanas, goteando frío y poniendo perdida la moqueta.

Las primeras neveras constituyeron un privilegio, por lo que, con miras al oportuno lucimiento, suscitaban el problema de su idónea ubicación que siempre venía a ser el comedor, justamente bajo el bonito relieve plateado de la Santa Cena.

—De cielo, Paco, te digo que queda de cielo.

—¿Tú crees, Maripili?

—Eso sí, para mi gusto le falta digamos un toque decorativo, rematándola: un «súvenir» de don Quijote en bronce, un portarretratos con la foto de la primera comunión de Fernandito, una cerámica con una vista del Valle de los Caídos...

—Digo yo si no te estarás pasando.

Después de muchos años de botijo, brasero, coche de línea y «Ay, Jalisco, no te rajes», dedicado a través de la emisora local a Lolita, «con todo cariño, de quien ella sabe», la nevera pudo tirar del desarrollo económico del país, y ya todo fue coser y cantar, a la mano, el «picú», el «seiscientos», el apartamento en la cercana playa, la excursión colectiva a Andorra, la medalla del amor —«hoy te quiero más que ayer...»—, los viajes en avión a Madrid o Barcelona, en pocos minutos, privilegio éste por el cual podía permi-

tirse el lujo de perder tan ricamente una hora larga en el trayecto de Murcia al aeropuerto y viceversa...

—Yo, mire usted, en más de una ocasión me he detenido a meditar lo mal que debieron pasarlos los antiguos, desprovistos de calculadoras de bolsillo, contestador automático, antenas parabólicas, tarjetas de crédito...

—¡Toma, como que había quien nacía en su propia casa, sin pasar por «maternidad»! Y luego, si se terciaba, se moría en la misma cama donde se había nacido, sin entubar en la «UVI», lo que ya es un atraso, y de velatorios en el cómodo tanatorio, oiga usted, nada, pero lo que se dice nada. Al muerto se le velaba en su propia casa, entre sus muebles de toda la vida, sus recuerdos y su tía Adelaida.

—Para que luego digan que cualquier tiempo pasado fue mejor, como asegura mi amigo Bernardo, obsesionado por la inseguridad ciudadana. Todo por un quitame allá una tibia fracturada y un peroné desportillado que, a consecuencia del atraco que lo derribó sobre la acera, lo ha dejado cojo de por vida. Ya ve usted, como si no estuviesen inventadas las muletas.

—Gentes indóciles que no llegarán a ninguna parte. Tengo yo una cuñada que se opone en redondo a ser ingresada en una residencia de la tercera edad, un hotel de cinco estrellas como quien dice, con peluquería, bingo y bar.

Los hay tercios, ciertamente, negándose a reconocer los adelantos y mejoras de la vida moderna, que, evidentemente, existen, porque, vamos a ver, ¿quién le iba a predecir al oficinista Pepe, ennegrecido por mor del papel carbón de su máquina de escribir, como el carbonerillo de Salamanca, que el paso del tiempo iba a remitirle a ese manantial que no cesa de fotocopiadora? ¿Qué madre en ciernes, que un día cantó más o menos afinadamente aquello de «¿Será una rosa, será un clavel?», llegó a sospechar la futura visualización del hijo, no nacido aún, en el monitor de la oportuna ecografía? ¿Quién, en fin, pudo siquiera soñarse viajero de un «Boeing 474», acompañado por tantos pasajeros como almas cuenta el censo de su pueblo, habitante de más o de menos?

—Lujos a nuestro alcance, que se suele decir, ¿verdad usted?

—Suerte la nuestra, oiga, rodeados hoy día de comodidades y ventajas, tantas que basta el manejo del mando a distancia de un televisor, sin movernos de nuestro mullido butacón, para evitarnos, a base de telefilmes, el viejo vicio de la lectura. ¡Con lo incómodo que viene a resultar pasar las páginas de un libro, y más si tira a gordo, como «El péndulo de Foucault»!

—Pues hablando de la «tele», a mí me han asegurado que vuelve «Falcon Crest».

—¡No me diga! Bueno, mire usted, esto ya es la guinda de la tarta!

—¡Ande, pues espere usted que llegue el 92!